

---

*Schaefer, Jürgen, DEUTSCHE MILITÄERHILFE AN SÜDAMERIKA. MILITÄER- UND RÜSTUNGSINTERESSEN IN ARGENTINIEN, BOLIVIEN UND CHILE VOR 1914. Bertelsmann Universitätsverlag, Düsseldorf, 1974, 311 pp.*

Como resultado de prolongados estudios en Argentina, Bolivia y Chile, y de una prolija revisión de los archivos, las fuentes impresas y la bibliografía secundaria, el autor presenta un documentado trabajo sobre la asistencia militar alemana en los tres países mencionados, durante el período entre 1890 y 1914.

El autor caracteriza la política militar alemana en Sudamérica como parte de la política imperialista de Alemania en tiempos de Guillermo II que, en fuerte competencia con las demás potencias industriales, se propuso ampliar la influencia alemana en Sudamérica y robustecer de esta manera la posición de Alemania como gran potencia. Los intereses políticos se combinaron directamente con los intereses económicos. La política imperialista permitió ampliar los mercados y conquistar mercados nuevos y sirvió, de esta manera, a los intereses de la industria armamentista alemana. El autor analiza los contactos directos que existieron entre la diplomacia alemana, los instructores militares enviados a los países sudamericanos y los representantes de las empresas armamentistas, como Krupp y Loewe. Estos contactos se produjeron en todos los niveles, tanto en los países americanos como en Alemania, donde el mismo Emperador Guillermo II intervino personalmente y dispendió atenciones y otorgó condecoraciones y distinciones con el fin de inducir a los militares y políticos latinoamericanos a que colocaran sus órdenes de compra en Alemania.

La política alemana se vio favorecida por el hecho de que Inglaterra, la primera potencia económica de la época, que controlaba ampliamente la economía sudamericana, tenía preferentemente intereses navales y no constituía un competidor de Alemania con respecto al desarrollo de las fuerzas militares terrestres. Francia, el otro gran rival de Alemania, empezó a perder prestigio a raíz de su derrota en la guerra de 1870-71.

Por otra parte, las oligarquías dominantes en los países sudamericanos vieron en la creación de ejércitos modernos, adiestrados y equipados según el modelo europeo, un instrumento indispensable para la consolidación del orden interno y la preservación de su posición social. De esta manera, se produjo una amplia identificación entre las oligarquías gobernantes de Sudamérica y los intereses imperialistas de las naciones industriales de Europa y Estados Unidos.

El autor, en demostración de su tesis, analiza la labor desarrollada por las misiones militares alemanas enviadas a Argentina, Bolivia y Chile, la reorganización de las fuerzas militares, el envío de oficiales sudamericanos a Alemania, las relaciones entre la instrucción militar, la compra de armamentos y las crisis internacionales, en particular, los problemas limítrofes entre Argentina y Chile hacia el 1900, la concurrencia entre las empresas armamentistas alemanas y francesas y las iniciativas de los representantes diplomáticos.

La investigación está hecha con esmero y rigor. El autor da a conocer aspectos novedosos, de modo que su trabajo constituye un aporte importante al conocimiento de un fenómeno importante de la historia de los tres países sudamericanos. La interpretación revela un cierto esquematismo simplista que reduce la acción histórica a causaciones económicas. El afán del autor de demostrar la estrecha conexión entre los intereses de poder político y social y los intereses económicos lo lleva a explicar también la conducta humana fundamentalmente a través de motivaciones economicistas. En las consideraciones del autor no cabe la posibilidad de que un individuo pueda actuar también por una motivación ética. El mundo histórico que aparece en la obra es un mundo pobre y triste en que los hombres son empujados por mezquinos intereses materiales y actúan como instrumentos de los mecanismos socioeconómicos.

RICARDO KREBS

Ross, Stanley R. y Chaffee, Wilber A. (eds.), *GUIDE TO THE HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW, 1956-1975*. Durham (N.C.) Duke University Press, 1980. VIII, 432 pp.

Esta nueva guía al *Hispanic American Historical Review* —la tercera— cubre el período 1956-1975 y su aparición es bienvenida por todos los estudiosos de la Historia de América, que reconocen la importancia de esta publicación en el campo de la historiografía americanista.

Los orígenes del *Hispanic American Historical Review* se remontan a 1916, cuando, durante la realización del Congreso Americano de Bibliografía e Historia, en Buenos Aires, dos historiadores norteamericanos allí presentes, Charles E. Chapman y William D. Robertson, concibieron la idea de fundar una revista dedicada a la historia hispanoamericana. Al regresar a Estados Unidos, Chapman impulsó el proyecto, que encontró una buena acogida entre los historiadores interesados en estos temas.

Durante una reunión del American Historical Association, en diciembre de 1917, se resolvió dar vida al proyecto, nombrándose un Comité Editorial, el cual designó a su vez al doctor James A. Robertson como editor ejecutivo de la nueva revista. A pesar de las dificultades en conseguir la

totalidad de los recursos necesarios para asegurar el éxito de la empresa, se resolvió iniciar la publicación de la revista que tendría una frecuencia de cuatro números al año. El primer número, correspondiente a febrero de 1918 incluía, además de las presentaciones y artículos de los profesores C. E. Chapman, W. D. Robertson, C. W. Hackett y otros, una nota bibliográfica de José Toribio Medina titulada "Dos obras de viajeros norteamericanos traducidos al castellano". Como suele suceder en estos casos, no faltaron buenos artículos, pero si el dinero para continuar financiando la impresión y, ante la imposibilidad de allegar recursos, la revista dejó de publicarse con el número correspondiente a noviembre de 1922. Un acuerdo con la Universidad de Duke (Carolina del Norte), mediante el cual la Universidad se hacía cargo de la publicación de la revista, permitió la reaparición del *Hispanic American Historical Review* en 1926.

La relación entre la Universidad patrocinante y los historiadores quedó establecida en los estatutos del Comité Editorial —publicados al final de esta guía— en que definen la edición y publicación de la revista como "una empresa cooperativa entre la Duke University Press e historiadores en Estados Unidos interesados en Hispanoamérica. La Duke University Press es dueña y publica la *Review*, mientras que los historiadores son responsables del mantenimiento de su nivel académico" (p. 426). El acuerdo ha resultado beneficioso y la revista ha permanecido como la publicación periódica más importante en su especialidad de los Estados Unidos.

Esta guía —es bastante más que un mero índice— ha sido preparada bajo la dirección del profesor Stanley Ross, editor ejecutivo de la revista entre 1971 y 1975, quien ha incorporado el trabajo de los profesores Donald E. Worcester y Walter A. Payne para el período 1956-1965. En la primera parte se describe brevemente cada uno de los casi cuatrocientos artículos, notas y comentarios aparecidos durante estas dos décadas, clasificándolos por periodos, áreas geográficas y orden alfabético de autores con las referencias cruzadas que corresponden, además del índice de autores al final. La segunda parte —la más extensa— corresponde al índice alfabético de las reseñas bibliográficas aparecidas en la revista durante el período, el cual constituye un repertorio representativo —si bien no exhaustivo— de la producción historiográfica relativa a América Latina.

Los artículos relativos a Chile publicados durante estas décadas en la *Review* incluyen, entre otros, los trabajos de Jacques Barbier, sobre la aristocracia criolla y los funcionarios reales en el siglo XVIII; de Mario Gónzaga sobre la estratificación urbana en el Chile colonial; de Harold Blake-more sobre la historiografía de la Revolución de 1891, artículo que fue traducido en el Boletín de la Academia Chilena de la Historia; los trabajos de Joseph R. Brown sobre las combinaciones salitreras y el Ferrocarril Salitrero de Tarapacá; el de Frederick Nunn sobre el general Körner y la prusianización del Ejército de Chile, y el de Claudio Véliz sobre las sociedades mineras de cobre y las actividades de Carlos Lambert.

Esta guía es, como las dos anteriores, una útil fuente de consulta bibliográfica, a la vez de testimoniar la calidad académica de la *Hispanic American Historical Review*.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN

Barbier, Jacques A., REFORM AND POLITICS IN BOURBON CHILE, 1755-1796. University of Ottawa Press, Ottawa (Canadá) 1980. XV (I) 218.

En 1971, D.A. Brading, en *Miners and Merchant in Bourbon México, 1763-1810*, Cambridge, 1971 (la edición española es de 1975), planteó la hipótesis de que los Borbones, a través de la amplia política de reformas aplicada en América, lograron la "reconquista" de ella. Esta reconquista habría sido indispensable ante el debilitamiento cada vez mayor de las vinculaciones entre la metrópoli y las Indias durante el gobierno de los últimos Austrias. En la misma hipótesis insistió John Lynch en *The Spanish American Revolutions, 1808-1826* (Nueva York, 1973), bien conocido y muy utilizado en nuestro medio. "Después de un siglo de inercia —escribe el profesor Lynch—, España volvió a tomar a América en sus manos. Creáronse nuevos virreinos y otras unidades administrativas. Nombrándose nuevos funcionarios, los intendentes. Se instituyeron nuevos métodos de gobierno. No se trataba de simples artificios administrativos y fiscales: suponían también una supervisión más estrecha de la población americana (*Las revoluciones hispanoamericanas*, Barcelona, 1976, pág. 15). Se trató, pues, en palabras de Lynch, de una conquista "burocrática" del Nuevo Mundo, paso indispensable para un más estrecho control económico encaminado a destruir la autosuficiencia lograda por los americanos a consecuencia del debilitamiento de la administración habsburguesa.

Los planteamientos anteriores no son un simple ejercicio académico sino que constituyen la base sobre la cual el profesor Lynch trata de explicar los movimientos de emancipación en América. De aquí que deben merecer una atenta consideración. Barbier, en su obra, los recoge y trata de ver si tienen validez para Chile en un período muy preciso: el que corre entre la llegada al trono de Carlos III (1759) y la partida del gobernador Ambrosio O'Higgins (1796).

En líneas generales, los resultados de la investigación de Barbier no coinciden con la hipótesis de Brading y Lynch sino, más bien, con la propuesta hace 20 años por John Phelan y precisada por éste en un caso específico poco tiempo después. En efecto, en su obra *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century* (Madison 1967), Phelan estudia la organización y el funcionamiento de la burocracia de Quito y, en particular, la visita practicada a la Audiencia por el licenciado Juan de Mañozca y Zamora a partir de diciem-

bre de 1624. Entre las conclusiones a que llega dicho autor hay una de particular interés: la burocracia habría desempeñado un papel mediador entre los objetivos del monarca de aplicar en forma más generalizada su poder y el deseo de los grupos tradicionales de mantener el "statu quo". En un primer paso, la burocracia tendería a asegurar sus emolumentos. Luego, tras haber alcanzado cierto grado de autonomía y adquirido ciertas tradiciones, habrían comenzado a surgir numerosos y cada vez más profundos conflictos con la Corona. "La más aguda fuente de tensión —expresa Phelan— está centrada alrededor del deseo de las burocracias de preservar y aun expandir su autonomía en áreas de tomas de decisiones políticas y en ciertos delicados problemas de política económica" (pág. 332).

Con estos puntos de referencia, Barbier estudia, en sucesivos capítulos, y siempre apoyado en abundante documentación tanto de nuestros repositorios como del Archivo General de Indias de Sevilla, el proceso administrativo, económico y político chileno de la segunda mitad del siglo XVIII. El análisis busca demostrar que la burocracia sirvió también en Chile de intermediario entre la Corona y sus súbditos, lo que equivale a poner en descubierto la existencia de vínculos —y la fuerza de ellos— entre la élite local y los cuadros administrativos. El autor estudia, pues, la élite y el "establishment"; las relaciones entre el cabildo, el corregidor y la Audiencia entre 1757 y 1775; la Contaduría Mayor y el "establishment"; el motín de las alcabalas de 1776; la Visita General y, con detención, la clientela que creó a su alrededor el visitador Tomás Alvarez de Acevedo; la situación económica y financiera de Chile a la muerte, en 1787, de José de Gálvez, el gran impulsor de las reformas administrativas del siglo XVIII, lo que coincidió con la muerte de Carlos III al año siguiente y la promoción de O'Higgins al gobierno de Chile; el resultado de la gestión de éste en los mencionados campos económico y financiero; finalmente, los aspectos políticos y sociales del período de O'Higgins: sus relaciones con la élite, con el Cabildo —el autor habla de una "alianza" entre este cuerpo y el Gobernador— y sus problemas con la Audiencia.

De su análisis Barbier extrae varias conclusiones. En primer lugar, estima que las reformas borbónicas tuvieron en nuestro país un éxito muy moderado. Ellas, en todo caso, produjeron un limitado incremento de los ingresos chilenos, lo que hizo posible la separación administrativa del Perú.

Sostiene el autor que, a pesar de las políticas centralizadoras de los Borbones, el real poder coercitivo de la metrópoli sobre la élite chilena nunca fue opresor. Observa a este respecto que las tropas estacionadas en el país estaban destinadas a la defensa contra una agresión externa y contra los araucanos y que, en caso de una conmoción interna, no habrían sido capaces de mantener el orden. Por otra parte, las milicias, formadas en su oficialidad y en su tropa mayoritariamente por criollos, habían aumentado en número y eficacia. En otras palabras, la Corona, según Barbier, estaba en Chile en una situación de debilidad relativa. Subraya el autor, con cierta sorpresa, lo que a su juicio no ha recibido la necesaria atención: la escasa envergadura

de las demandas planteadas por la élite colonial. El énfasis puesto por el autor en este punto tal vez provenga de una insuficiente apreciación de la realidad institucional de las Indias, dotada de peculiaridades muy propias, que no son fáciles de encontrar en otras modalidades de expansión colonial. No puede extrañar, entonces, que el impulso reformista haya sido marcadamente "proinstitucional", como lo advierte el autor, y que la aplicación de innovaciones —en un proceso largo y lleno de tantos, avances y retrocesos, debemos agregar— corrió pareja con la revitalización de antiguos cuerpos, como ocurrió con los cabildos. Como resultado de lo anterior, Barbier advierte que la élite "logró muchos nuevos métodos para influir sobre la Corona".

Si, como lo propone el autor, existe un estrecho nexo entre élite y cuadros burocráticos, parece indispensable un estudio cuidadoso de la primera. Barbier sigue aquí lo expuesto por él en un estudio publicado en la *Hispanic American Historical Review* ("Elites and Cadres in Bourbon Chile", *HAHR*, vol. 52, N° 5, agosto 1972, cfr. ficha 2.235 en *Historia* 13, 1976). Con todo, esta parte de la obra es la que despierta mayores dudas. El tema es de enorme complejidad y debería ser objeto de un estudio particular. No se puede exigir esto en un trabajo destinado a analizar las reformas de los Borbones, pero las poco convincentes conclusiones que sirven de apoyo al autor para el desarrollo de sus planteamientos pueden hacer los objetos objetables.

El problema principal con el empleo del concepto de élite es precisar quiénes pertenecen a ella. ¿Qué criterios metodológicos pueden permitir afirmar con certeza que esa familia y no aquélla son de la élite en un momento determinado? El autor emplea como principal elemento diferenciador los títulos y los mayorazgos, si bien reconoce que ni uno ni otros son los exclusivos constituyentes de la élite chilena. La adopción de esta metodología, un tanto candorosa, lleva a resultados que difícilmente convencen. Se echa de menos el empleo de métodos más refinados, capaces de poner de relieve la complejidad de los grupos sociales. Hace ya 15 años Armando de Ramón dio a conocer en esta revista ("La sociedad española de Santiago de Chile entre 1581 y 1596" (Estudios de grupos), *Historia* 4, 1965, 191-228) un ejemplo de cómo abordar la investigación en ese campo. En 1970 Mario Góngora examinó en forma rigurosa la movilidad social en un período del siglo XVII (*Encomenderos y Estancieros*, Santiago, 1970, págs. 77 y ss.). Y para el caso español no puede dejar de mencionarse el ejemplar esfuerzo de Marie-Claude Gerbert (*La Noblesse dans le Royaume de Castille. Etude sur ses structures sociales en Estremadure de 1454 a 1516*, Paris, 1979). Frente a lo anterior, el análisis de Barbier parece simplificador en exceso. Y, por cierto, una vez más se echa de menos el apoyo en lo histórico-institucional representado en el caso chileno por las investigaciones de Luis Lira y Gonzalo Vial.

No obstante las observaciones anteriores, el cuadro que logra ofrecer Jacques Barbier sobre un período tan decisivo de Chile en la etapa postrera de la monarquía es de gran utilidad y extraordinariamente clarificador. Dentro de las perspectivas del autor la corrupción administrativa surge como la clave capaz de explicar el proceso político de Chile. Tal vez comprensible

una reticencia a generalizaciones de esta índole obligue a subrayar que, dentro de la concepción institucional de la monarquía americana era imposible, no obstante las disposiciones en contrario, la tajante separación entre administradores y administrados y que, en consecuencia, el papel de mediadores entre la Corona y éstos surgía de manera natural al haber intereses comunes entre unos y otros.

FERNANDO SILVA

*Sánchez W. y Guerrero Y., Cristián* (eds). LA REVOLUCIÓN NORTEAMERICANA, AUGE Y PERSPECTIVAS. Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Editorial Universitaria. Santiago, 1979, 219 (5) páginas.

Bajo este título se agrupa una serie de ensayos interpretativos sobre el proceso de la Independencia de los Estados Unidos de América, producto de un Seminario que se celebró sobre el tema en 1976, con ocasión de la conmemoración de los 200 años de dicha Independencia.

Dada la variedad de los temas tratados, sólo analizaré aquellos que me son más conocidos o que me resultan más atrayentes.

En un lúcido examen del Mundo Occidental en el siglo XVII, Ricardo Krebs muestra cómo en este período cambiaron las reglas del juego de una sociedad muy antigua, casi sin que nadie se diese cuenta. Por un lado la explosión demográfica de fines del siglo y, por otro, la revolución industrial que afectó las formas de producción económica, resultaron factores de cambio, aumentados por los inventos científicos y tecnológicos. El cambio social que esto acarreó es analizado brevemente por el autor a través de los ejemplos de Francia, Inglaterra y Prusia. Luego son presentadas, sumariamente, las tendencias racionalistas, enciclopedistas y políticas, para mostrar cómo todo se combinó para moldear la sociedad igualitarista y liberal que había de nacer en los Estados Unidos para extenderse luego a todo Occidente. Tal vez, lo único que faltó en esta cuidada síntesis fue el influjo de las sociedades secretas o semisecretas, como la masonería, en el proceso de cambios.

El trabajo de Joaquín Barceló sobre el Pensamiento Ilustrado en Norteamérica muestra cómo la gran creatividad del siglo XVII europeo va llevando a la sociedad occidental a poner el énfasis en la idea de Libertad. Ante todo, se trata de una libertad intelectual, manifestada en los planos religioso, filosófico y científico, para pasar allí, como consecuencia natural, a los planos de la vida ética y la vida política. El autor enfatiza la transformación norteamericana de la vieja teología calvinista de la predestinación en una teología de carácter contractual, en la que el hombre tiene dere-

cho a esperar recompensa de Dios si observa una conducta adecuada. Esta transformación, según J. Barceló, fue posible por influencia de la nueva mentalidad científica —principalmente de Newton— y de la filosofía de Locke. Los ejemplos de semejantes influencias en hombres como Thomas Paine, Benjamín Franklin, Winthrop, Jefferson, Adams o Madison resultan claros y decisivos.

Cristián Guerrero nos entrega dos ensayos interesantes. En el primero, sobre las causas de la Independencia Norteamericana, presenta el hecho como el fruto necesario de una maduración que capacitaba a las 13 colonias para autogobernarse. En esto constituían una excepción dentro del Imperio Británico, el cual, sin embargo, no captó tal realidad y procedió, en ese preciso momento, a implementar una política dura y contraria a los intereses de los colonos. La incomprensión que se produjo entre el gobierno de Londres y los dirigentes americanos, así como las distintas alternativas por las que pasó el proceso emancipador, hasta culminar en la Declaración de la Independencia, están presentados con autoridad y gran maestría. En el segundo ensayo, C. Guerrero estudia la diplomacia de la Revolución Americana, en la que demuestra que ya entonces se perfilaron algunas tendencias que han perdurado por 200 años en la nación del norte, como ser: el aislacionismo —preconizado por Thomas Paine y el propio George Washington—, la vocación americanista, la mantención de la libertad de comercio en los mares para las naciones neutrales en caso de guerra, entre otras. Según el autor, el Plan de 1776 fue el punto de partida de estas líneas de acción y su principal agente fue Benjamín Franklin, quien gozaba de gran popularidad en Europa. La acción directa o indirecta de Franklin logró la firma de dos tratados de amistad y alianza con Francia, que permitieron el afianzamiento de la Independencia de las 13 colonias. Las alternativas de los esfuerzos por lograr un tratado con España y otro con Holanda son seguidas en cierto detalle. El interés de este artículo es evidente y su tratamiento, preciso y convincente.

Varios otros trabajos componen este pequeño volumen, de entre los cuales destaca, a mi juicio, un inteligente análisis de la política exterior de los Estados Unidos, que resulta complementario del anterior artículo de C. Guerrero. El autor, Edward Glab Jr., basa su estudio en un análisis de textos de diversas épocas de la historia norteamericana y considera la relación entre el pueblo, fuente de todo el poder, y los mandatarios que éste elige, particularmente en casos de grave peligro externo de la nación. Se citan los ejemplos de la Guerra de Vitenam, el partido comunista americano, los juegos de mayorías y minorías al interior de diferentes gobiernos. Se muestra cómo los políticos se ven obligados a “vender” su política exterior a la opinión pública, la cual tiende a aplicarle los que ella toma por patrones de “valores universales”: democracia, moralidad, capitalismo, progreso económico, etc. Según E. Glab, la ciudadanía estadounidense cree en estos valores con una “intensidad casi teológica” y juzga a los demás países de acuerdo a cómo los respetan y aplican. Esta importancia de la conciencia



moral lleva a los Estados Unidos a un autoengaño y a la cristalización de muchas situaciones hipócritas. Por ejemplo, el aislacionismo o las intervenciones en política extranjera son consideradas como "acciones morales". Esto es muy claro en los últimos años, luego de roto el tradicional aislacionismo del primer siglo y medio de vida independiente, especialmente en la política de los derechos humanos. Glab afirma que los Estados Unidos caen en la evidente limitación de tratar de implantar su moralidad internacional sólo en aquellas naciones en las que no cabe que se pongan en peligro los intereses estratégicos y económicos norteamericanos. Cita el caso del Presidente Carter y nosotros podríamos agregar el de Chile, como ejemplos de lo anterior. Concluye E. Glab que, a veces, la opinión pública impide la acción de los gobernantes, pero suele tener razón allí donde estos últimos se equivocan, como en el caso de la Guerra de Vietnam. Por lo tanto, el dilema de las relaciones entre el pueblo y los gobernantes no ha sido resuelto y persistirá mientras dure la democracia.

JULIO RETAMAL FAVEREAU